

Dr. D. Arturo Romero Salvador

Académico de Número de la
Sección de Ciencias Experimentales
de la Real Academia de Doctores de España

La muerte de un amigo supone una ruptura en el camino que nos hace recordar lo que hemos vivido y sentido a su lado. Los veintisiete años que han pasado desde que conocí a Amando Garrido es tiempo suficiente para que se difuminen los recuerdos, pero es insuficiente para que la memoria nos impida revivir muchos acontecimientos personales, científicos y académicos, que suelen ir unidos a lo que nos parecían olvidadas vivencias de compañerismo y amistad.

En este camino del recuerdo aparecen dos profesores de Bioquímica que tenían muchos semblantes comunes, desde trayectorias juveniles similares hasta una pasión desmedida por el mismo equipo de futbol, pasando por una personalidad que desborda amabilidad y simpatía. Sorprendentemente no vinieron a pedir nada, venían a decir que estaban contentos y agradecidos porque acababan de conseguir un proyecto de investigación. Estos profesores no podían ser otros que Amando Garrido, leonés con vinculaciones asturianas y gallegas, y José María Teijón, asturiano vinculado con Galicia y con Salamanca.

Amando Garrido era un hombre nostálgico, orgulloso de su tierra, de sus gentes, de sus costumbres y, como no, de su profesión. Sus raíces científicas, que comenzaron a alimentarse de la Química y años después, de la Biología, de la Veterinaria y de la Farmacia, le permitieron abordar diferentes líneas

de investigación en bioquímica y orientarlas en la dirección de sus posibles aplicaciones.

Cuando se incorporó a la Facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense de Madrid, como Catedrático de Bioquímica y Biología Molecular, era ya un profesor maduro que había demostrado su vocación por la carrera académica en otras universidades, en las que quedaron abundantes pruebas de su valía. Al entusiasmo por la docencia en las aulas y por la investigación en el laboratorio unió la gestión universitaria. Le correspondió dirigir el departamento de Bioquímica en una etapa en la que la universidad española se debía adaptar a la Ley de la Ciencia y a la Reforma de las Enseñanzas Universitarias derivada de la LRU. La tarea era apasionante pero llena de problemas y dificultades, especialmente en los órganos universitarios en los que recaía, por primera vez, la responsabilidad de organizar la docencia y la investigación. Había que convencer a los profesores

que el clásico sistema de cátedras, que muchos llevaban en los genes, había pasado a la historia y que uno de los pilares en que se basaba la universidad, la vinculación facultad-titulación, también había que modificarlo. Después, era necesario construir equipos de investigación capaces de acreditar su actividad científica con parámetros internacionales y, además, elaborar proyectos que superaran las evaluaciones con los mismos procedimientos que se utilizaban en los países que han liderado la ciencia y la tecnología. ¡Y había que adaptar los programas a las distintas titulaciones en las que tenía que impartir docencia el departamento! Amando tenía experiencia de trabajo en equipos de investigación y tenía una formación académica tan amplia, que le permitía conocer las peculiaridades de las asignaturas de bioquímica en las titulaciones en las que intervenía el departamento que le había correspondido dirigir. A este conocimiento unía el carácter abierto, dialogan-

te y firme que se necesitaba para implicar a individuos y colectivos, en un cambio tan profundo como el que se debía realizar. Dedicó muchas horas de esfuerzo, y con el tesón propio de su tierra consiguió aunar voluntades y superar tensiones para cumplir la misión que, como director, su departamento le había encargado.

Años más tarde se crearon dos cargos de Director Académico del Vicerrectorado de Investigación en el Rectorado de Gustavo Villalpos. El Profesor Amando Garrido y la Profesora Ángela Conchillo fueron elegidos para ocuparlos. El balance que hizo Amando de su experiencia en la dirección del departamento debió de ser positivo, porque aceptó el nuevo puesto de gestión universitaria a pesar de que las dificultades que había tenido que superar hicieran pensar lo contrario.

Como Director Académico asumió la responsabilidad de los Centros de Apoyo a la

Investigación. En los años noventa, las universidades españolas se habían dotado con equipos e instalaciones demasiado costosas y complejas para que un grupo universitario pudiera responsabilizarse de su mantenimiento, actualización y operación. Era necesario que los usuarios potenciales asumieran la responsabilidad de gestionar estas instalaciones y así, ponerlas a disposición de todos los investigadores. Antes de que se terminara de escribir el nombramiento de Director Académico, Amando ya estaba buscando información para ponerse a trabajar. Al día siguiente, sin que se hubieran terminado de poner las calles, ya ocupaba su despacho, y se disponía a comenzar la tarea que le esperaba ante el ordenador, el teléfono y la mesa. Primero hizo el inventario de instalaciones, y después, fue informando a sus directores y responsables de los objetivos que se pretendían y del procedimiento a seguir para conseguirlos. El trato amable y la enorme capa-

cidad de persuasión de Amando, hicieron del grupo de trabajo que se iba formando un ejemplo de compenetración científica y humana, caracterizado por la ilusión y el esfuerzo. En pocos meses acordaron la organización de los Centros de Apoyo a la Investigación, la forma de financiación, la política de precios, la forma de solicitar los trabajos y todo lo necesario para fueran un instrumento a disposición de los investigadores. La diversidad y complejidad de actividades que se llevan a cabo en una universidad como la Complutense se reflejaba en estos centros. Aunque todos respondían a unos principios comunes, era preciso considerar la singularidad que los identificaba. Una vez más, Amando utilizó sus conocimientos multidisciplinarios para mostrar la necesidad de no hacer igual lo que es diferente, y utilizó su carisma para que se impusiera la generosidad del grupo por encima de egoísmos mal entendidos. Gracias a este leonés, muchos CASI

de la Universidad Complutense comenzaron su andadura sobre bases sólidas, aunque hoy, probablemente, la carpeta que confeccionó con tanto cariño se haya olvidado. Tan convencido estaba de la utilidad que tenía su trabajo de Director Académico, que se esforzó para que los investigadores de institutos y centros dispusieran de los medios apropiados para alcanzar las metas que se habían propuesto en su creación. Afortunadamente asistió a la implantación de varias técnicas que había impulsado y pudo comprobar la calidad de los servicios y de las publicaciones que procedían de ellos. Muchos profesores de esta etapa le recuerdan con mucho cariño, a pesar de que ya han pasado dos décadas desde que dejó su cargo en el rectorado.

A lo largo de estos años de convivencia y amistad, Amando nos ha dejado numerosos recuerdos de su trabajo profesional y nos ha permitido conocer algunos detalles de su personalidad.

Su esposa María Jesús ha sido un pilar fundamental en su vida y en su actividad académica. Amándolo lo reconocía y valoraba y, además, siempre que se le presentaba una ocasión, presumía. Era muy difícil conseguir que saliera de sus costumbres y de sus horarios, que según nos decía, giraban alrededor de María Jesús. ¡Si lograr que asistiera a una comida fuera de su casa era una tarea difícil, quedar para una cena, era misión imposible!

Aunque compartió experiencias en lugares lejanos y adquirió nuevas costumbres, fue fiel a su origen leonés, conservando su carácter, sus hábitos, miedos y contradicciones. Disfrutaba comentando con Albino García Sacristán, y otros amigos de la Facultad de Veterinaria, acontecimientos, presentes, pasados y por venir. Gran aficionado a la poesía, muchas mañanas, antes de que el reloj de la Audiencia diera las 8, compartía poemas y autores con Antonio Bascones. Siempre defendió de forma apasionada sus creencias religiosas

y opciones políticas, sus opiniones y decisiones. Tanto sentía a su tierra, que hizo muy popular entre sus numerosos amigos, desde Nicanores, Botillos y Cecinas, hasta libros tan sorprendentes como el que relata las andanzas de Genarín por el Barrio Húmedo de León.

El doctor Amando Garrido Pertierra no vivió muchos años pero los vivió con mucha intensidad. Fue capaz de utilizar la curiosidad intelectual para dirigir su investigación hacia los problemas que le interesaban, y como científico y maestro tuvo la fortuna de alcanzar gran parte de sus sueños.

Muchas gracias Amando por los buenos y por los malos momentos que hemos compartido.



*Amando en un acto como Director Académico del Vice-
rrectorado de Investigación de la Universidad Compluten-
se de Madrid (21/11/1995).*